COLOMBIA EN EL BRASIL

Por: LAUREANO GARCÍA ORTIZ
Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 2, Volumen V
1938

Una visión de Colombia para los niños brasileros [1].

Queridos niños:

No me atrevo todavía a dirigirme a vosotros en vuestra rica y expresiva lengua, que *ab-initio* parece fácil y luego resulta difícil para labios y oídos castellanos. A ello me ha desanimado una espiritual anécdota que me refirió en estos días un respetado y querido colega, embajador de una nación amiga ante vuestro ilustre Gobierno, y que a mi turno paso a contaros: Un ministro de un Estado europeo acreditado en el Japón, que creía poseer una facultad extraordinaria para aprender las lenguas extrañas, había preparado cuidadosamente su discurso de presentación ante Su Majestad la Emperatriz del Sol Naciente. En la solemne ceremonia, con mucha seguridad y firmeza, en el más puro japonés de su cosecha, dio lectura el ministro a su largo y elocuente discurso. Su Majestad la Emperatriz lo oyó con sumo cuidado y sosiego y una vez terminado, dirigiéndose ella a su intérprete, en su lengua nativa y con una voz menuda y dulce como el canto de las aves, dijo: Manifieste usted al excelentísimo señor Ministro la suma complacencia con que lo recibo y la pena muy grande que tengo de no haber comprendido una sola palabra de su hermosa lengua europea.

[1] Discurso del Ministro de Colombia, en el acto en que una escuela de Río de Janeiro recibió el nombre y la bandera de Colombia, el 29 de octubre de 1926.

Tal *Escuela Colombia*, cuando el Gobierno del Brasil, en 1926, la puso bajo el patrocinio del Ministro García Ortiz, contaba con algo más de 300 alumnos de ambos sexos. Luego, al ensancharse considerablemente, se la trasladó a más amplio y adecuado edificio, de fachada de granito, en el cual se esculpió su nombre, en la Rúa Camerino, número 51. Niños y niñas aprendieron a cantar en español el himno colombiano, y cantándole en coro recibían siempre al Ministro patrono, quien los visitaba con frecuencia, celebraba con ellos las fiestas patrias y principió a crearles biblioteca. En el año 1930, al despedirse ese Ministro, alcanzaba el edificio a albergar más de 1500 alumnos, que hacían amar en sus casas la bandera, el himno y la historia de Colombia.

De este escrito se hicieron dos traducciones al portugués, una por Coelho Netto y otra por Cristoval do Camargo. De la primera se dio noticia en el «Jornal do Brasil». La segunda se publicó en la revista «Columbia» y en folleto bilingüe de fina y copiosa edición, con los medallones de Bolívar y Santander, para ser repartida gratis a los niños de la escuela y en beneficio de una asociación de estudiantes por conducto de la Librería Garnier. *Nota del autor.*

No quiero, pues, ante vosotros estropear el idioma de Camoëns y de Eça de Queiroz, de Ruy Barbosa y de Coelho Netto. Por otro lado, no quiero dirigirme tampoco a vuestro pensamiento infantil de hoy, sino a vuestro criterio maduro de mañana. A vuestros ilustrados maestros les encomiendo, pues, os traduzcan y aclaren mis palabras extrañas y mis conceptos oscuros.

Vuestra escuela, vuestro hogar espiritual, ha recibido un nombre que sirva para distinguirla entre las otras escuelas y para recordar y honrar a una nación hermana de la vuestra nobilísima, nombre que resonó simpáticamente en vuestros oídos, que más tarde hará palpitar vuestros corazones y que yo me propongo desde ahora haceros comprender y amar.

Ese nombre, armonioso y dulce, que despierta remembranzas de gloria y que es pronunciado también en muchas partes del mundo con simpatía y respeto, es el de mi patria, es el de Colombia.

Ese nombre principió por conquistar todos los nobles corazones de la tierra, porque fue muestra señalada y única de una virtud primordial: la gratitud. Habiendo tomado para sí el inmenso continente de Colón, fortuita e impremeditadamente, el nombre de un oscuro navegante que vino con posterioridad a vislumbrar parte de sus costas y a dibujar un mapa de ellas poco menos que fantástico, en el correr de los tiempos, una privilegiada región, situada en el propio corazón del continente, para reparar aquella negra ingratitud, para inmortalizar en América el nombre de su padre preclaro y su máximo descubridor, y para ser libre y soberana, quiso llamarse *Colombia*, gloriosa en la guerra y gloriosa en la paz.

La Colombia actual fue llamada en los tiempos del dominio español *Nuevo Reino de Granada* y su importancia la constituyó luego en Virreinato.

En ese territorio encontraron los españoles una de las tres civilizaciones americanas: la de los chibchas, organización social populosa y patriarcal, suave y sosegada. Ese imperio, establecido en la parte más alta y central del país estaba rodeado, hasta los confines del territorio hoy colombiano, de tribus salvajes indómitas y guerreras; por ello los *Zipas*, Emperadores de los chibchas, a pesar de su temperamento pacífico, debían rechazar sin tregua los embates de los enemigos circundantes.

La altiplanicie central, donde se halla Santafé de Bogotá, la capital de Colombia y de la Gran Colombia, pues nunca decayó su primacía de cabeza del Virreinato, fue hallada por el descubridor Jiménez de Quesada, muy parecida a la poética vega donde florecen las leyendas de la Alhambra, y a ello se debió aquel primer nombre de Nuevo Reino de Granada. Según cuenta el más viejo de nuestros cronistas, sacerdote y poeta, testigo de la conquista, don Juan de Castellanos, los descubridores al encontrarla exclamaban maravillados:

> *¡Tierra buena!*
> *¡Tierra buena que pone fin a nuestra pena!*

Y tierra buena ha seguido siendo. Y tierra buena seguirá siendo con las bendiciones de lo Alto.

En otra ocasión hube de decir: "Si los pueblos no son predestinados, al menos lo parecen. Como ya se ha dicho, el Nuevo Reino de Granada no fue conquistado por un glorioso soldado de fortuna como Hernán Cortés, ni por un robusto aventurero cual Francisco Pizarro. En las altiplanicies colombianas fue Gonzalo Jiménez de Quesada, un licenciado, hombre de armas y de letras, el capaz de llevar a cima la audaz empresa y al propio tiempo de escribir los "*Anales y Comentarios de la Conquista*".

Cosa de tres siglos duró allí el régimen de la colonia, bajo los métodos de gobierno de la vieja monarquía española. Surgió la primera protesta contra ese régimen en el Nuevo Reino de Granada, en 1780, con la Revolución de los Comuneros, a la cual pusieron término, por parte del gobierno español, la violación de la fe jurada y los patíbulos.

En los espíritus siguió germinando la semilla de la libertad e independencia, y el granadino Antonio Nariño dio el primero la señal en el continente, con la publicación clandestina de los *Derechos del Hombre*, lo que costóle largos años de martirio en los presidios españoles.

Proclamada la independencia en 1810, Camilo Torres, el elocuente tribuno granadino, predestinado para el cadalso, adivinó luego el genio de Bolívar, le suministró recursos, armas y hombres para que fuera a combatir por la libertad de Venezuela. La juventud granadina, entre ellos Ricaurte, Girardot, d'Eluyar, París, Vélez, Maza, Ortega, humedeció con su sangre e ilustró con su heroísmo los campos venezolanos.

Vino la terrible reconquista de 1815, y con ella las innumerables páginas de martirio y de muerte; entre ellas, como un sol, la *página de oro* del sitio de Cartagena que hizo recordar a Sagunto y *Zaragoza*. El cadalso devoró las más altas inteligencias y los más firmes corazones: Torres y Caldas, Villavicencio y Torices, Casa Valencia y García Rovira, Mejía y Ortiz, García Toledo y Díaz Granados, Portocarrero y Ribón, Policarpa Salavarrieta y Antonia Santos, y centenares más que no habiendo podido, como millares de sus hermanos, teñir con su sangre la tierra de los campos, enrojecieron con la suya las tablas del patíbulo.

Os dije que Colombia estaba situada en el propio corazón de la América; sí, en su propio corazón. Con Venezuela, la heroica y la legendaria, por el oriente, y con Ecuador, el volcánico, por el sur, quedó centro y corazón ella misma de la formidable agrupación que se llamó la Gran Colombia, donde la vida sobrehumana de la América latina se concentró y latió un día en el supremo esfuerzo de moldear su propia persona y de fundir su propia estatua. Unidos, venezolanos y granadinos, después de la más grande epopeya americana, conquistaron la independencia de sus propios países y vinculando luego al Ecuador aseguraron su libertad, libraron al Perú, crearon a Bolivia, y firmaron y sellaron en Ayacucho la libertad de toda la América hispana.

Por eso dijo el excelso autor de María

Y mientras haya esclavos bajo el cielo,
habrá libertadores en tu suelo.

Mientras Bolívar, el Libertador incomparable, a la cabeza de los ejércitos colombianos, llevaba a término tan colosal empresa, el granadino Santander, el *Hombre de las Leyes*, el

general jurisconsulto, el organizador de la victoria, como encargado de la presidencia de la Gran Colombia, a la edad de 27 años, establecía el imperio de las leyes, fundaba la hacienda pública, creaba la educación popular, hacía reconocer la Nación por las Naciones extranjeras y enviaba auxilios incesantes y cuantiosos al Libertador y a sus ejércitos. Ese colombiano tan nuestro supo imprimir a su país, "entre el estruendo del cañón y entre las ambiciones de los guerreros triunfadores, el sello cívico y legalista que nos ha distinguido entre las dictaduras militares de Hispanoamérica" ([1]).

En Colombia, desde 1813, por Juan del Corral y José Félix de Restrepo, se decretó la libertad de los vientres y la abolición de la esclavitud. En Colombia, desde 1826, se proclamó el arbitraje como medio científico y cristiano de poner fin a las guerras y de solucionar los conflictos internacionales. Durante toda la vida colombiana, y ello ha sido uno de los rasgos característicos de la nación, grandes sabios, agudos ingenios en no interrumpidas dinastías, han cultivado con ahinco y con escrúpulo la lengua patria, como esencial elemento de cultura nacional, de influjo intelectual y político, de barrera insalvable contra la barbarie y de saneamiento del ambiente literario. Esto ha sido parte para que en España y en América se citen los escritores colombianos como autoridades en lenguaje y para que dondequiera que se hable español, suenen los nombres de Rufino José Cuervo, de Miguel Antonio Caro, de Santiago Pérez, de César Conto, de Ezequiel Uricoechea, de José Manuel Marroquín y de los Guzmanes, entre los que ya no viven. Entre los muy eminentes que aún existen sólo os quiero citar a don Marco Fidel Suárez, ilustre expresidente de Colombia, profundo humanista, que con sin par erudición y sagacidad ha penetrado en la historia e índole de su propia lengua.

En Colombia ha sido ya tradicional costumbre que un ciudadano es elevado al puesto de primer mandatario del país en consideración de sus virtudes públicas y de su notoria y eminente inteligencia.

La nación ha mostrado preferencia por las grandes capacidades intelectuales, y la mayoría de sus presidentes ha sido de hombres civiles, de pluma o de tribuna. Cuando visibles y probadas condiciones de estadistas y de administradores, o legendarios prestigios, llevaron al poder supremo a hombres de espada, a la menor veleidad de autoritarismo o de caudillaje, la nación vigilante los ha llevado ante el Senado a responder más de intenciones que de faltas, o la fuerza incontrastable de la opinión pública los ha obligado sin violencia a deponer el mando. Allí los generales no han sido nunca caudillos o cabezas de círculos personalistas, sino paladines nacionales del orden legal.

Os había dicho que Colombia se halla en el propio corazón de la América. Sí, en su propio corazón. Miradla en el mapa: en el cuerpo largo, esbelto del Nuevo Mundo, que va desde el polo norte hasta el polo sur, la encontráis inmediatamente debajo del cuello o del istmo central, con un hombro hundido en el océano por donde vino Colón, y con un costado lamido por el mar de Balboa. Una ribera recibió las virtudes guerreras e indómitas del Caribe, la otra fue acariciada por las suaves brisas del Pacífico. Por ello, Colombia resultó la invicta y la pacífica.

[1] *Conversando*, por L. García Ortiz, pág. 65.

Así como en el cuerpo humano la región del corazón está defendida por costillares fuertes que amparan ese órgano vital, asimismo, para fortaleza y defensa del corazón colombiano, la cordillera de los Andes, espinazo americano que sube único desde el sur, al penetrar en la frontera meridional de Colombia, se divide en tres formidables cadenas de montañas que se abren como abanico en su territorio, dejando entre sí, y entre ellas y los mares, los más dilatados valles, recorridos por ríos caudalosos de cursos inacabables, y en los cuales los diversos climas y los más variados frutos se adaptan y se ofrecen a toda necesidad y a toda exigencia.

Desde la ardiente región de la palma del cocotero, el banano, el cacao, el tabaco, la caña de azúcar y el algodón, pasando por las templadas zonas de los naranjos, del café, de la mandioca, y por las frescas planicies de las manzanas, del trigo, de la patata, del trébol, hasta las cimas heladas de las nieves perpetuas, de los helechos y de los musgos. Desde las playas tropicales donde el cocodrilo americano muéstrase como imagen del rastrero y voraz instinto, hasta la inalcanzable cumbre donde vuela el cóndor como símbolo del supremo y libre dominio de la inteligencia.

Y al oriente de esos sistemas orográficos e hidrográficos sin par, se extiende la pampa infinita y misteriosa, maravilloso habitáculo de una humanidad futura, hasta las orillas del Orinoco y del Amazonas, donde viene Colombia a confinar con este noble Brasil, vuestra patria imperial y magnífica.

Fuera de que esa estructura del territorio colombiano le presta las ventajas con que la variedad del clima y de las producciones favorecen la economía de la vida humana y el bienestar de la colectividad, la disposición de sus cordilleras, sin duda, regula el sistema de los vientos en forma tal, que allí, por ventura, no se ha visto jamás el estrago de los ciclones que para ruina y tristeza del hombre se desencadenan periódicamente y afligen hoy inmensas regiones americanas.

Esa misma estructura *sui-generis* del territorio colombiano, si bien atajó por largo tiempo el adelanto material del país, por oponer dificultad a las comunicaciones y transportes, también es cierto que a ella ha debido Colombia la fortaleza y selección de su raza, adaptada a sus diversos climas y cruzada entre sí misma con ventaja de la sicología propia y de la afirmación del espíritu nacional, a tiempo que ha ido adquiriendo lento pero sólido conocimiento y dominio de su propio territorio.

Esa dificultad de comunicaciones y transportes, si bien demoraba su progreso material mientras se descubría a sí misma y se vigorizaba el alma colombiana, impidió casi por entero la inyección de sangre y métodos de fuera, quizá no afines con esa alma y con sus destinos. Así es como Colombia, teniendo latentes las enormes riquezas que más tarde han venido a ser reveladas con sorpresa para el mundo, vivió un siglo como nación modesta y económica, sin vanidades de criollo y sin aventuras financieras, levantando su casa con sus propias manos y con sus propias fuerzas, no siendo de su gusto que brazos extraños y dineros ajenos, muy bien venidos luego, echaran los cimientos y levantaran los muros de seguridad de su propio hogar.

Cuando después de dolorosas pruebas y provechosas experiencias se sintió dueña de sí misma y de sus destinos; cuando supo hacer uso de la libertad, de la paz y de la legalidad para ir resolviendo sus problemas; cuando llegó a la edad viril sin necesidad de lazarillos autoritarios y providenciales; cuando llegó a esperar que sabrá conservar y desarrollar esas libertades esenciales, entonces algunos de sus hijos, espíritus clarividentes que antes que a mandarla aspiraban a servirla, la alistaron para incorporarse en la vida activa e intensa de las naciones, para entrar con sus elementos materiales y morales en la faena de cooperación y solidaridad americana y universal, para refrendar su diploma de obrero honesto y sano en la labor de justicia y fraternidad humana.

Entonces esa Colombia se sintió en la capacidad y en la hora conveniente de abrir sus puertas, con fácil hospitalidad, a los brazos útiles, a los auxiliares benéficos, a los capitales fecundos. Supo prepararse a la selección atinada, a la discriminación discreta, no habiendo querido antes que vinieran de fuera a hacerla progresar a empujones, a civilizarla magullándola, habiéndose resistido a que fuera convertida en recipiente de aluviones o en conglomerado de detritus, antes de sentirse con la fuerza y capacidad de transformar y asimilar lo que a su índole, a sus condiciones y circunstancias conviniera.

Hasta ese momento todo lo que en Colombia se hizo, lo hicieron sus propios brazos, sus propios cerebros, su propia sangre, su propio dinero. Y para ese momento quiso mostrarse tal como la habían hecho la naturaleza y sus aborígenes, sus descubridores y colonizadores, sus libertadores y sus conductores, la visión profética de sus padres y las labores realizadoras de sus hijos.

Y esa Colombia que no pretende mostrarse mayor ni mejor de lo que es; que no quiere imponerle a nadie sus glorias, ni sus riquezas, ni sus conceptos; que no quiere hacer figura de potencia de primero, ni de segundo, ni de tercer orden; que no quiere inscribirse en ningún concurso de vanidades, ni presentarse en ninguna feria de apetitos; que no quiere despojar ni estorbar a nadie, sólo quiere ser lo que es, lo que Dios quiso que fuera y lo que sus hijos trabajan por que sea: morada de la libertad y del orden, refugio de la justicia y del derecho, hogar en que se abrigue y cultive hondo y sincero sentimiento de fraternidad americana y vivo anhelo por la civilización liberal y cristiana.

De esa Colombia ha recibido el nombre vuestra escuela y ésta es su bandera, que a vosotros confío y que vuestros corazones de nobilísimos brasileños sabrán querer y respetar. Muy honrada y en muy alto sitio queda esa bandera, con la cual Ricaurte se encumbró a las nubes, que se irguió indomable en los muros de Cartagena y redentora en los campos de Boyacá, que flameó para siempre victoriosa en Ayacucho. Muy honrada y en muy alto sitio queda esa bandera, cerca de vuestros corazones, queridos niños, que alimenta y vivifica ese altísimo ideal de paz, de justicia, de fraternidad, que vuestra patria noble y grande ha sabido definir y señalar en actuaciones memorables que honran a la América y a la humanidad.